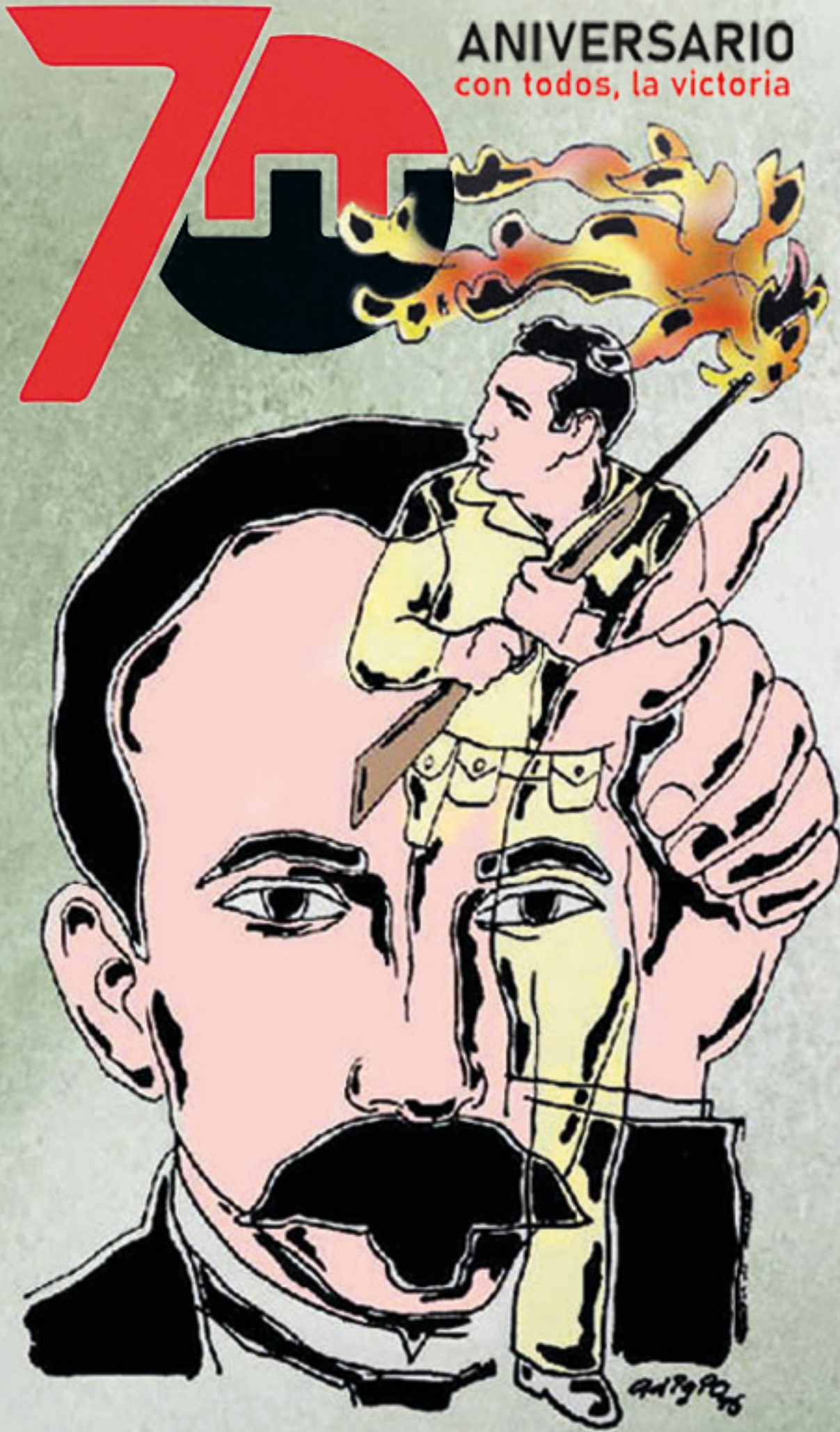


Separata

lunes 24 de JULIO 2023

TRABAJADORES



ANIVERSARIO
con todos, la victoria

Los que perseveran triunfan

Y RECORDAR los minutos de adversidad es bueno, recordar los minutos en que las realidades presentes no eran más que sueños, es bueno, recordar la lucha, es bueno, recordar el sacrificio y el dolor que han costado las victorias, es bueno; es bueno porque nos enseña, es bueno porque nos dice que en el camino de los pueblos nada es fácil, nos enseña que los pueblos para conquistar aquellas cosas que anhelan tienen que sacrificarse y tienen que luchar muy duramente, y que los pueblos no se pueden desanimar en la adversidad, y que los revolucionarios no se pueden desalentar en la adversidad, ni en los momentos difíciles, porque los pueblos que perseveran y los hombres que perseveran triunfan.

Fidel Castro Ruz,
26 de julio de 1960



Separata 02 / 24 de julio del 2023

Maceo y el Moncada

Memoria viva

| Damaris A. Torres Elers*

Las características y ubicación del cuartel Moncada, otrora Reina Mercedes en la segunda ciudad de importancia del país, propiciaron que fuera objeto de planes de ataques detonantes de movimientos insurreccionales por Antonio Guiteras Holmes en 1933 y Fidel Castro Ruz, junto a la Generación del Centenario, el 26 de julio de 1953. Sin embargo, no es muy conocida la vinculación de Antonio Maceo, Lugarteniente General del Ejército Libertador, con esa fecha y este recinto militar.

El 30 de enero de 1890, con el pretexto de vender algunas propiedades de su madre, Antonio Maceo regresó a Cuba. Luego de varias escalas en Santiago de Cuba, Baracoa, Gibara y Nuevitas, donde anunció aguardaran por su pronto regreso, pues pretendía y así lo reflejó en sus narraciones: “[...] revolucionar la Isla”.

El 5 de febrero arribó a La Habana, donde permaneció algunos meses y fue agasajado por diversas sociedades, gremios, patriotas y simpatizantes de la causa revolucionaria.

La muerte del capitán general Manuel Salamanca ocasionó la orden de regreso del general Camilo García Polavieja. Conocedor de las características de este jefe español Maceo decidió trasladarse a Santiago de Cuba, donde el ambiente era más favorable.

El Titán de Bronce llegó a Santiago de Cuba en la mañana del 25 de julio, día de Santiago Apóstol. Al siguiente, el de Santa Ana, durante una cena en casa de Francisco Fernández Rizo, en San Mateo no. 21, enmascarados por las festividades carnavalescas, se reunieron patriotas, entre ellos Guillermon Moncada y Quintín Bandera, aquí se presentaron planes insurreccionales como el de Urbano Sánchez Hechavarría, aceptado por el jefe mambí, por lo bien combinado, y así refirió en sus narraciones, consistentes en: “Tomar los cuarteles de Artillería, Mercedes, Príncipe Alfonso, Concha y el Morro, todos a una hora dada y por medio de la sorpresa”.

El plan aprobado pretendía levantar en armas la ciudad el 8 de septiembre, día de celebración religiosa en homenaje a la virgen de la Caridad del Cobre, en un ataque simultáneo y sorpresivo que sería apoyado por otras localidades orientales como El Cristo, Guantánamo, Jiguani, Manzanillo, Bayamo y Holguín, el cual constituiría el detonante para la insurrección y posterior desembarco del general Máximo Gómez y otros jefes desde el exterior. La patriota Juana Francisca Bravo Mustelier relató al Generalísimo que en el año 1890 contribuyó a facilitar las reuniones y encuentros de

Antonio Maceo con sus compatriotas, entre ellos la “conferencia reservada” con los generales Vicent Miniet y Francisco Leyte Vidal, a quienes condujo hasta el hotel donde se hospedaba y así desviar la constante vigilancia.

El 29 de julio en el restaurante La Venus, Maceo refutó las palabras de José Joaquín Hernández Mancebo acerca de que Cuba llegaría a ser “una estrella más en la gran constelación americana”, a la cual respondió: “Creo joven, aunque me parece imposible, que ese sería el único caso en que tal vez estaría yo al lado de... los españoles”.

El general Polavieja, que conocía de la influencia del jefe mambí entre los orientales y percibía condiciones favorables para el pronunciamiento revolucionario incentivado por su presencia ordenó su expulsión para impedir la consumación del movimiento. Así en la tarde del 29 de agosto le fue notificada a Maceo la orden de abandonar el país y al día siguiente junto a su esposa María Cbrales fueron expulsados de Cuba en el vapor Cienfuegos. Finalizaba así un nuevo intento conspirativo por la independencia.

Sesenta y tres años después Fidel Castro Ruz y más de un centenar de jóvenes de la Generación del Centenario, escogieron la ciudad santiaguera para iniciar el proceso revolucionario contra la dictadura de Fulgencio Batista, debido a sus condiciones favorables para la lucha. Para lograr sus propósitos decidieron el ataque de forma simultánea y sorpresiva a varias de las fortalezas otrora aprobadas por Maceo el 26 de julio de 1890; el cuartel Moncada (Reina Mercedes), hospital civil Saturnino Lora (Príncipe Alfonso) y el Palacio de Justicia (aledaño al cuartel de Concha). Este sería también el detonante, “el motor pequeño que echaría a andar el motor grande de la revolución”, que de igual manera pretendía el apoyo desde otras regiones del oriente cubano, como Bayamo.

Como Antonio Maceo, muchos de los combatientes llegaron a la ciudad el 25 de julio, día de Santiago Apóstol enmascarados por las tradicionales fiestas de carnaval que, además, encubrieron el traslado desde la Granjita de Siboney hacia el cuartel en la madrugada del 26 de julio.

El Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz en el acto por el Centenario de la Protesta de Baraguá el 15 de marzo de 1978, expresó: “Nuestra generación recibió la herencia, el espíritu de todo lo que hicieron aquellas generaciones: la herencia de Céspedes y Yara, la herencia de Agramonte, Calixto García, Máximo Gómez, la herencia de Maceo”, entonces pensamos que hay coincidencia y continuidad. | *Profesora titular de la Universidad de Oriente

| Olga Portuondo Zúñiga*

El día del Apóstol Santiago de 1953 en horas vespertinas me hallaba cercana a la posta no. 1 del antiguo cuartel Moncada presenciando los carnavales desde la casa de mi tío César. Aquello era delirante. En la remembranza infantil quedaron grabadas las imágenes en las que grupos de hombres vestidos con batas de casa, bajo sábanas, cantaban alegremente: “Tápame, tápame, tápame con tu sábana...”. Entre aquellos campechanos e improvisados intérpretes distinguí a mi tío, al que le decían Camagüey. Recuerdo también que un chico venía arrollando en un cuadro de las comparsas cuando recibió algunos planazos de un soldado, no sé por qué motivo y se lo llevó detenido dentro del imponente recinto leonado.

Las carrozas más elegantes, las procedentes de La Habana, con la propaganda del ron, de las cervezas o de los cigarros salieron del patio del reducto, justo casi frente a donde yo estaba. Ya tarde en la noche la gente en la acera empezó a gritar casi al unísono: “¡Ahí viene la conga de los Hoyos!”. Hubo que cerrar la puerta y la ventana, aquella era una masa humana impresionante, sin ningún orden. Así terminó para mí aquel desfile de mamarrachos.

Vivo cerca del cuartel Moncada, al amanecer del 26 de julio comenzó a sentirse un tiroteo como si fueran fuegos artificiales y muy temprano, cuando nos asomamos a la calle, vimos que en las esquinas de la cuadra había soldados con armas largas. Luego supimos que en esos momentos estaban matando a los jóvenes revolucionarios heridos o no que habían asaltado la fortaleza del Moncada en respuesta al alevoso golpe de Estado de Fulgencio Batista.

Muchos santiagueros militaban en las filas de la Ortodoxia, otros eran sus simpatizantes y la mayoría del pueblo estaba aún bajo la influencia de las palabras de Eduardo Chibás y su último aldabonazo.

Poco a poco se fue conociendo que el jefe de aquel grupo de combatientes era Fidel Castro, joven ortodoxo que había hablado en mítines a favor de la causa contra la corrupción administrativa en la tribuna de Trocha y Carretera del Morro, luego estoico acusador contra el anticonstitucional golpe castranense de 1952; que entre los primeros caídos se hallaba aquel

mocito que frecuentaba la acera del Ten Cent, fácil de reconocer por la mancha púrpura que tenía a un lado de su cara, y porque la familia Guitart era muy estimada en Santiago de Cuba.

Toda la ciudadanía santiaguera estuvo al tanto del rescate de los cuerpos sagrados por la vieja luchadora del Partido del Pueblo Cubano, Gloria Cuadras, y del padre de Renato para inhumarlos en el cementerio de Santa Ifigenia, con la dignidad y el respeto que les correspondía.

Desde ese 26 de julio hubo una radical definición de posiciones políticas: la mayoría del pueblo al lado de los que habían defendido el honor de la República soñada, y del otro, alabarderos y testafierros del régimen del tirano, encargados de la represión indiscriminada. El ejercicio de la violencia sobre la juventud, en particular, iría en ascenso durante los cinco años siguientes, al punto de alcanzar un clímax único de terror, como magistralmente interpretó José Soler Puig en su novela *Bertillón 166*. La tiranía no podría impedir, ni siquiera con la fuerza, las ansias de libertad y de hacer valer los derechos ciudadanos que sus multiplicados hijos hacían valer en las calles de la ciudad durante la clandestinidad.

El asalto al cuartel Moncada sería la convocatoria que todos esperaban para secundar el M-26-7 de la bandera rojinegra. Desde ese día, el camino quedaba expedito para transitarlo hacia las estribaciones de la Sierra Maestra. El triunfo sobre las tinieblas de la dictadura era próximo y seguro, para el mejor destino de Cuba.

Teatro principal de la conquista por la autodeterminación y la libertad en la Mayor de las Antillas, desde los propios inicios de la colonización española hasta mediados del siglo XX, Santiago de Cuba cuenta, entre sus edificios patrimoniales: la Granjita de Siboney, el cuartel Moncada (hoy Ciudad Escolar 26 de Julio), la Audiencia, el Hospital Saturnino Lora, el Vivac, y otros, escenarios de aquella epopeya e informadores de esa épica histórica, orgullo de sus habitantes y presencia eterna del sacrificio de muchos héroes para las nuevas generaciones. | *Directora de la Oficina del Historiador de la Ciudad en Santiago de Cuba

Imagen convertida en símbolo

| Betty Beatón Ruiz

Una imagen, miles de evocaciones, un sinfín de simbolismos, infinidad de certezas...

Así se resume la historia y trascendencia del instante preciso en el cual, aquel 1.º de agosto de 1953 en el Vivac de la ciudad de Santiago de Cuba, Ocaña apretó el obturador de su cámara.

Suerte de premonición de lo que después serían las palabras del joven abogado pronunciadas durante su alegato de autodefensa *La historia me absolverá*: “Traigo en el corazón las doctrinas del Maestro y en el pensamiento las nobles ideas de todos los hombres que han defendido la libertad de los pueblos”.

La fotografía con Fidel enhietado y a su espalda la imagen del rostro de José Martí, sintetizan tales verdades.

En el Moncada y el Vivac

Ernesto Ocaña Odio (1904-2002) se desempeñaba como fotógrafo de El Diario de Cuba, en la ciudad santiaguera, y desde el ejercicio de su oficio dejó constancia gráfica de numerosos sucesos acontecidos en la urbe oriental: sociales, culturales, políticos... a los que no escaparon, a pesar del riesgo, algunos convulsos y dolorosos, uno de ellos el asesinato de Frank País García.

De esos días difíciles, en los que la dictadura batistiana se ensañaba contra quienes luchaban por la libertad, Ocaña le develó detalles al colega Miguel Ángel Gaínza Chacón.

Gaínza tuvo el privilegio de conocerlo, incluso más, trabajó con él —tiempo antes de que Ernesto Ocaña se jubilara de los trajines fotográficos— en el periódico Sierra Maestra, órgano oficial del Comité Provincial del Partido en la provincia de Santiago de Cuba.

En la entrevista *El fotógrafo, la historia y el Moncada*, publicada en el mencionado rotativo, Ocaña develó a Gaínza los detalles de aquella foto histórica, y otros relacionados con el asalto al



Moncada, como nunca antes lo había hecho.

Volver sobre las líneas escritas por este último es adentrarse en una historia próxima a cumplir 70 años. He aquí el testimonio de Ernesto Ocaña sobre el 26 de julio de 1953 y los días sucesivos:

“Yo sentí los tiros de madrugada, como toda la ciudad, y me fui a la carrera para el periódico. Allí me encontré con el periodista Pablo Milá Ortiz... nos fuimos para el Moncada a ver qué pasaba. Más tarde también vi a la joven y bella

periodista y escritora Marta Rojas, quien me dijo que estaba en Santiago porque deseaba hacer una crónica de los fabulosos carnavales que aquí se daban, pero que al ver lo que estaba pasando ya había cambiado de idea.

“Serían como las siete y treinta de la mañana, el tiroteo se mantenía al llegar nosotros al cuartel. Vi soldados muertos y empecé a tirar fotos. Nos metimos en el edificio y caímos presos. Con las manos en alto me condujeron a culatazos y me tumbaron. Me destrozaron la cámara

Speed Graphic que yo acababa de comprar (...) En eso llega Chaviano, el jefe del cuartel. Me hubieran matado ahí mismo si él no grita: ¡Respeten a ese hombre que es periodista! (...) entonces nos botaron a Pablito y a mí del cuartel”.

Ocaña evoca cómo en la tarde del propio 26 de julio tuvo que regresar al Moncada pues Chaviano lo había mandado a buscar para saber por qué estaba allí en la mañana. La respuesta denotó el calibre profesional de Ocaña: “Usted lo dijo antes, coronel, soy periodista”.

Estando en el Moncada vio pasar a varios jóvenes detenidos “y casi seguidamente escuchábamos ráfagas de ametralladoras... a unos escasos metros de donde nos encontrábamos los asesinaban... Éramos testigos del crimen”.

De tales atrocidades Ocaña captó unas 12 instantáneas que después de revelar entregó a Pancho Cano, quien había establecido contacto con el director de la revista Bohemia.

Días después de los sucesos del Moncada, el 1.º de agosto de 1953, luego de ser capturado, Fidel fue conducido al Vivac de la ciudad de Santiago de Cuba. Ocaña estuvo allí. Sin saberlo, al apretar el obturador de su cámara y al captar con su lente, en una icónica composición gráfica, a Fidel y a Martí, el fotógrafo estaba haciendo historia. Así recordó aquel instante.

“Al correrse la voz en el Diario de que llevaban a Fidel al Vivac salí corriendo para allá pues trabajaba a solo dos cuadras... Rápidamente me puse a tomar ángulos... Había en aquel joven una personalidad muy fuerte.

“En un momento lo colocaron junto a un cuadro de Martí que había en la pared y le tiré esa foto conocida que ha recorrido el mundo (...) eran el Maestro y su discípulo”.

| *Testimonio de Enrique Ocaña Odio tomado de la entrevista *El fotógrafo, la historia y el Moncada*, del periodista Miguel Ángel Gaínza Chacón.

Fidel junto a Martí

En el libro *Guerrillero del tiempo*, de Katuska Blanco, esta se refiere a la presencia de Fidel en el Vivac de Santiago de Cuba:

—Comandante, imagino la tensión del momento podría definirse como dramáticamente abrumador y, sin embargo, lo concibo a usted exteriormente impasible, en lo interior indignado. ¿Cómo percibía la realidad circundante? ¿Qué hizo? ¿Cuál fue su actitud? ¿Cuál era su estado de ánimo?

Fidel Castro. — Siempre recuerdo los pensamientos que se apoderaron de mí durante las primeras horas. Sabía que los soldados de Batista estaban preocupados, inquietos con el hecho de que el teniente Sarría me hubiera llevado para el Vivac, un lugar, por cierto, muy céntrico de Santiago de Cuba, cuando ya

la población sabía que yo estaba allí encarcelado, por eso se les hizo más difícil llevarme al cuartel Moncada.

Ellos tenían el cargo de conciencia por la masacre; por todas partes se hablaba de los crímenes que habían cometido, quizás para los principales jefes en aquel momento era más conveniente que yo estuviera vivo, podía servirles de argumento para rechazar las graves acusaciones de que eran objeto.

Entonces, el principal responsable por el asesinato de mis compañeros en el Moncada, Alberto del Río Chaviano, se presentó en la oficina del Vivac para interrogarme. En aquel interrogatorio un fotógrafo, no sé si con intencionalidad o por pura casualidad, captó una imagen que se convirtió en un símbolo, porque

justamente detrás de mí se veía un cuadro de nuestro Apóstol José Martí.

Hay que imaginar lo que eso significaba para los patriotas cubanos que luchaban contra la tiranía. Aquella imagen terminó siendo casi una bandera tiempo después, porque nosotros en el juicio habíamos señalado al Maestro como el autor intelectual del asalto al Moncada.

Él nos había inspirado en el primer centenario de su natalicio para ir al combate con el fuego y la luz de las antorchas que habíamos portado en enero de 1953 desde la Universidad hasta la Fragua Martiana, el lugar donde se forjó a la edad de 16 años su temple de hombre firme y enérgico, que lo acompañó a lo largo de su corta vida.

Bayamo en combate

“Mis compañeros, además, no están ni olvidados ni muertos; viven hoy más que nunca...”

Fidel

| Lianet Suárez Sánchez

CUENTA LA FAMILIA Moya, quienes se establecieron en el barrio San Juan a inicios del siglo XX, que la madrugada del 26 de julio de 1953 fue de verdadero espanto para ellos y los vecinos del otrora cuartel Carlos Manuel de Céspedes, donde radicaba el escuadrón 13 de la Guardia Rural, de Bayamo.

Aseguran que sobre las cinco de la mañana comenzaron a sentir disparos, personas corriendo hacia todas partes e incluso fuertes y juveniles voces de ¡Viva Fidel! Al amanecer todo era confuso.

Por su parte, la octogenaria Lourdes Blanco Quiñones, cuya morada está situada justo al frente de la fortaleza, aclara que se instaló allí cuatro años después de los sucesos, pero su suegra, que sí tuvo la vivencia, relataba a menudo la crueldad de esos días con quienes habían tenido el atrevimiento de rebelarse: el esposo era soldado del Ejército de Batista y tenía de primera mano la información.

Descontento popular

La segunda villa cubana, cuna de excelsos patriotas en el siglo anterior, estaba sumergida en la más severa desigualdad y pobreza. Los más desfavorecidos económicamente y los negros carecían de oportunidades para progresar y a fuerza de trabajo duro y baja remuneración se conformaban con lo elemental para la subsistencia; en tanto, los oficiales del Ejército de Batista cometían los más brutales y absurdos desmanes hacia esos grupos, solo bajo el amparo de una falsa supremacía.

Ante estas asfixiantes condiciones el pueblo de Bayamo se encontraba listo para secundar cualquier gesta que determinara un cambio social profundo. Así lo constató Fidel, quien contaba con ello, pues ya le había tomado aquí el pulso al descontento popular.

Los sucesos

Jóvenes del occidente y centro del país comenzaron a llegar por esos días a la ciudad del himno y se alojaron, con mucha discreción, en un pequeño hotel nombrado Gran Casi-



Parque-Museo Níco López, otrora cuartel Carlos Manuel de Céspedes.

| fotos: ACN

no Hospedaje, hoy museo Los Asaltantes, ubicado a unos 250 metros del objetivo.

Con anterioridad Renato Guittart y Abel Santamaría visitaron varias veces Bayamo para tomar fotos y planos del cuartel con el fin de organizar la operación. El primero, auxiliándose de un supuesto negocio de venta de pollos, fue el que alquiló el establecimiento para que pernoctaran sus compañeros.

Fidel fue al encuentro con los jóvenes revolucionarios en la noche del 25; repasó el plan, les recordó que la misión era evitar la llegada de refuerzos a Santiago de Cuba, a donde se dirigía, y sincronizar los relojes: a las cinco y quince de la mañana serían asaltadas, simultáneamente, las fortalezas militares Guillermon Moncada y Carlos Manuel de Céspedes. La presencia del líder fue decisiva y de un elevado valor.

La estrategia era la siguiente: Elio Rossette, residente en la ciudad, acompañaría hasta el reducto a Raúl Martínez Arará, al mando de las acciones, vestido con uniforme del ejército, y lo presentaría como un oficial. Una vez allí darían paso a los demás y, desde adentro, reducirían a los militares.

Pero Rossette no se presentó, los planes cambiaron radicalmente y optaron por el factor sorpresa. Decidieron entrar por la caballeriza y por el fondo, pero la oscuridad y el desconocimiento de las condiciones del lugar atentaron contra los asaltantes, según narró el combatiente Antonio López García.

Cuando avanzaban con paso poco cauteloso sonaron unas latas, los caballos se agitaron y el cabo de guardia Indalecio Estrada gritó: “¡Alto, quién va!”, ante lo cual obtuvo como respuesta inmediata la expresión de ¡ríndete! seguida de una lluvia de balas que puso en alarma a todo el campamento donde solo permanecían 12 soldados, de ellos ocho aún dormían.

Sostuvieron un fuego nutrido que duró apenas de 15 a 20 minutos, y aunque los asaltantes lograron penetrar y avanzar, la falta de experiencia y la superioridad de las

armas de los batistianos los hicieron retroceder.

Mientras esto ocurría Antonio Níco López, segundo jefe de las operaciones, ultimó al segundo cabecilla de la Policía, el sargento primero Gerónimo Suárez cuando se acercaba al parque San Juan. Fue la única baja que tuvieron los enemigos, lo cual fue confirmado por el propio cabo Estrada.

Ante el evidente fracaso de la operación, Martínez Arará ordenó la retirada que se produjo de manera rápida pero desordenada.

Cacería de los combatientes, solidaridad del pueblo.

Del enfrentamiento los 27 revolucionarios salieron ilesos. Pero la rabia y el odio por tal afrenta provocó una verdadera cacería contra ellos.

Según los recuerdos del bayamés Rafael Corrales Urquiza, quien para esa fecha contaba con 13 años, estuvo muy temprano por la calle General García, colindante con el cuartel, vendiendo carbón como era su costumbre:

“Se decían muchas cosas: que los soldados se habían caído a tiros entre ellos, porque los muchachos estaban usando también el uniforme amarillo, y otros aseguraban que había sido una agresión; pero la cosa estaba mala porque andaban persiguiendo como perros a los agresores.

“Yo me fui enseguida para la casa de mi patrón donde no había nadie y me tocaba cuidarla. Era una finca en la carretera vía Holguín. Estaba en el patio atendiendo los animales cuando sentí que me silbaron, miré y encontré del otro lado de la cerca a tres hombres mal uniformados. Comprendí al instante que eran ellos.

“El más alto era el de mayor carácter y tenía aires de ser el jefe. Me pidieron agua y les traje también un poco de café. Querían que les buscara unas mudas de ropa para cambiarse, pero yo alegué que todos éramos muy pobres, sin ropas apenas.

“Les dije que los estaban buscando y debían huir antes de que llegaran, así que los conduje por

medio de un marabuzal casi a dos kilómetros de allí. Les sugerí que pasaran la noche entre los matorrales y que se llegaran al otro día hasta una tienda que quedaba cerca. Luego me fui. Iba haciéndome un discurso para cuando la guardia rural me interrogara.

“Muchos años después supe que aquellos hombres eran Níco López, Calixto García y Antonio Darío López”.

Según el historiador Rubén Castillo Ramos este grupo fue hasta la bodega, vendieron el reloj, se hicieron de ropas y con la ayuda del campesino William Rodríguez lograron ir hasta La Habana, sin más percances.

Raúl Martínez Arará y otros tres hombres pudieron escabullirse en un automóvil hasta la finca de Fernando Viñas, en El Almirante, donde recibieron auxilio y asesoramiento para salir de la ciudad.

Otros seis jóvenes amparados por las familias bayamesas en sus casas se mantuvieron con vida. Simpatizantes con la causa, como Vicente Quesada, buscaron a los sobrevivientes y les brindaron todo tipo de ayuda.

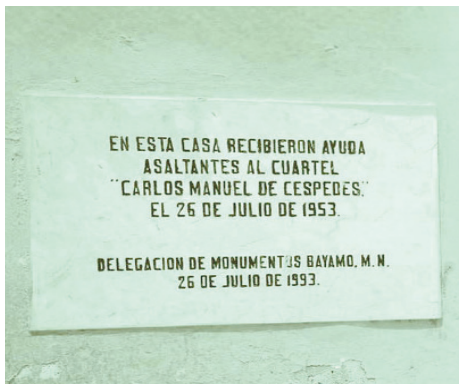
Sin embargo, 14 de esos muchachos no corrieron con igual suerte y cargaron con el desprecio y ensañamiento del dictador Batista, quien ordenó ajusticiar a 10 asaltantes por cada soldado suyo caído.

El primero fue José Testa Zaragoza, asesinado en el cuartel por el teniente Juan Roselló Pando. Testigos sostienen que luego del vil acto el esbirro estuvo al menos tres días con los pantalones ensangrentados para dar una lección al pueblo.

Mario Martínez Arará, quien cubrió la escapada de su hermano Raúl mientras corría la voz de la retirada, fue apresado a pocos metros del lugar de los hechos y asesinado también entre muros.

Los cadáveres de Hugo Camejo y Pedro Véliz aparecieron masacrados en las cercanías del poblado de Veguitas; el de otros cuatro, entre ellos Rafael Freyre, fueron tirados con mutilaciones en Ceja de Limones, en las afueras de Bayamo; a tres más lanzaron a un pozo ciego en Palma Soriano luego de crueles torturas; dos quedaron como desaparecidos y uno que logró escapar apareció días después entre las supuestas bajas de las acciones similares en la Ciudad Héroe.

Fueron 14 las vidas arrebatadas por el odio, nueve de ellas pertenecían a jóvenes de la célula clandestina Marianao, con edades que oscilaban entre los 20 y 25 años. Y aunque sus muertes se reportaron como bajas en combate y la dispersión de sus cuerpos fue una manera de sembrar aquí el terror sirvieron en cambio de clarinada para otros audaces como ellos.



Las casas donde recibieron ayuda los asaltantes muestran una tarja que las identifica.